

Bestias como la mía.

Ojos de besugo, corazón de batracio, cuernos de cabra y nariz de unicornio. Bizco y casposo. Musgoso. Escamado como un pez achicharrado y extinto. Por las noches se me aparece (¿en sueños?) y me amenaza con todo el poder de su voz atronadora para que no revele a nadie su existencia. Por el día, en soledad, jugueteo con sus contornos atrevidos porque a veces se me aparece en forma de sirena voluptuosa y escurridiza. La parte del pez se me antoja herética y la parte femenina es lasciva a todas luces. Imberbe e inexperto todavía, carezco de la experiencia de los más doctos en estas lides de los tormentos mentales y de las luchas internas, suelo ir corriendo al confesor de guardia, pero cuando estoy a punto de abrir los labios, mi boca se vuelve a cerrar como cepo con grilletes por temor a la advertencia pronunciada por el monstruo atroz de mis visiones.

Despierto temprano. Mucho antes que el alba, mucho antes que el gallo. Medito. O hago que rezo. O rezo meditando. El frío que entra por la estrecha ventana despierta mi alma, entumecida todavía y enredada aún por las zarzas del sueño. Me explico a mí mismo profundas verdades. Acepto con resignación los inexplicables misterios. Suenan cencerros lejanos. De cerca siento a veces los designios de la muerte. Llamen a la puerta de quién menos la espera. Parece no llegar nunca para los que tanto la invocan. Mientras tanto, en mi oscuridad secreta, interna y por fuera, vuelvo a rezar a lágrima viva pero en lo recóndito ansío la visión del engendro salvaje que me sacude con tales fuerzas que pierdo el conocimiento de tan solo pensarlo. Yo, para contrarrestar esta evidente desviación del intelecto, me refugio en la lectura frenética de los libros sapienciales y en la bella factura de la poética divina, así como en los libros proféticos mayores y menores del Antiguo Testamento y en el Pentateuco judío, pero en el misticismo incipiente que me posee mi mayor fuente de inflamación devota y a la par desasosiego mayúsculo, es sin duda la enfrascada lectura del Apocalipsis de San Juan, que parece apelarme desde la isla de Patmos, conminándome a terminar lo que el apóstol considera inconcluso, inspirando bestias como la mía, aunque yo, es cierto, he bebido en fuentes bastante cuestionables, de monstruos salidos del averno, con minucia detallados por escritores anónimos en textos espurios. Amalgama de talentos desperdiciados, olor a carne abrasada por el fuego purificador de la inquisición, sesos devanados en infundadas exégesis o cimentadas en aviesas herejías. Hijos de la destrucción, al fin y al cabo.

Ahora me siento en mi *scriptorium* tratando de concentrarme, luchando contra el monstruo que me posee e intentando darle salida y forma mediante modelos ajustados a la doctrina única y verdadera. Luchando contra el frío que atenaza mis dedos que apenas pueden sostener la pluma para iluminar mi obra, pienso todo el rato en repeler la tentación que me ataca. Aquí, es donde domestico a mi bestia, que no sé ya si está fuera de mí o soy yo mismo e intento meter en vereda, mediante rojos intensos como la viva fe que nos salva, como el fuego vivo que purifica, azul de lapislázuli, tan caro de conseguir y tan bello a la vista, que nos recuerda al cielo que nos espera a los buenos y menesterosos o el mantón de nuestra dulce virgen María. Tonalidades de oro para remarcar la dulce presencia de nuestros santos que nos inspiran y acompañan. Aquí es donde intento miniaturizar mis defectos y ampliar mis virtudes, amaestrar la carne meditante caligrafía preciosista. Aquí domino yo sobre la bestia y la muerdo y la sosiego y la hago bella para el mundo desde mi celda, desde mi ayuno, desde mis votos, acomodo su exagerada anatomía a los márgenes que me permite el pergamino e ilustro con mi modesta sabiduría y humilde persona, pues este es el don que el Señor me ha otorgado desde su gracia infinita.